

vida como única realidad, dominarse y ser dueño de su propia conciencia y atesorar en sí mismo, incansable y férreamente, todas las virtudes y potencias, todos los dones de que el hombre es capaz. Y por la total afirmación consciente del propio yo, libertarse del determinismo, dominar á la Naturaleza, ser conciencia del Mundo, divinizarse, en fin, hasta poder afirmar plena y conscientemente: Yo soy Dios.

Y una vez redimido interiormente, inspirado por el egoísmo excelso del que se ama á sí mismo en todos los seres y en todas las cosas, consagrar la existencia á despertar á los hombres, á convertirlos en dueños de sí mismos; á caminar con todos sus hermanos hacia el Reinado del Hombre, fundidas en una sola todas las conciencias y transformados los egoísmos en hoguera de Amor. Tal es el ideal que ha de alumbrar con purísima llama la educación moderna.

Concepto de la Libertad

Concibiendo el Ideal del antedicho modo, cambia completamente el viejo concepto de la libertad. Ser libre ya no quiere decir, en el moderno sentido, profesar tales ó cuales ideas ó pertenecer á una secta ó partido determinados; ni tampoco significa ser rebelde, no estar dispuesto á obedecer jamás á los otros. Ser libre, en el concepto superior del Ideal expresado, es no estar movido por ningún resorte externo—miedo, rutina, obediencia—ni por ninguna pasión ó vicio—orgullo, ambición, ignorancia, lujuria—sino determinarse así propio por la voz del espíritu, ajeno á todo yugo. Ser libre es haber matado en sí mismo el Deseo inconsciente para que reine en cambio el Ideal. Es, en fin, hombre libre, el dueño de la propia voluntad, el soberano de sí mismo.

Ideal de la Escuela

La educación actual es una especie de arte de amaestrar pájaros. La Escuela es una jaula de domesticar. La

enseñanza que en ella se practica consiste en un rancio tatuaje, moral y mental, del niño. Se desarrolla en él la memoria y las facultades imitativas, simiescas; pero no se despierta su alma ni se endurece su voluntad. Del estrecho círculo convencional que constituye la familia, pasa el niño á esa fábrica de viejos moldes que se llama Escuela, donde se le trata de demostrar la realidad y la vida, encerradas en libros secos y amanerados. Y para atrofiar aun más el espíritu infantil se le coloca, moralmente, una de esas camisas de fuerza que se llaman catolicismo, protestantismo, espiritismo, y que igual puede llamarse ateísmo ó anarquía. Tal es ese troquel de esclavitud donde se acuñan cerebros cual si fuesen monedas y al que se denomina Escuela, pomposamente y con satisfacción, por unas gentes que juzgan á sus hijos como en perpetua minoridad, y que dejan de vivir sus ideales para legarlos en herencia, como roña mortal del espíritu, á las futuras generaciones.

Pero la Escuela ideal es la enteramente opuesta á la descrita. Es un templo de la Vida y el Saber donde se sienta profunda veneración por el misterioso Porvenir, y se respeta la conciencia del niño como cosa sagrada. Esta futura Escuela será la verdadera madre del género humano en los venideros tiempos; pues no se dejará entonces á cargo de la ignorancia ó inconsciencia de los padres la misión social y augusta de educar los espíritus. Tampoco, en dicha Escuela, se tratará de moldear el alma de los niños según una creencia determinada, en un ambiente raquíptico y artificial, rodeándoles de falsas representaciones de las cosas, y llenando sus cabezas de palabras y de viento. Puestos, por el contrario, en contacto directo con las cosas; mostrándoles en todo instantes la cruda realidad; haciéndoles intervenir en la vida social desde su edad más tierna y en la parte que pueda corresponderles; revelando gradualmente á sus espíritus las más altas verdades que han conquistado los